

ÁFRICA SURATLÁNTICA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL Y FRENTE A SU PROPIA REALIDAD

Héctor Dupuy (Dir.) y equipo: Isabel Stanganelli, Martín Morgante, Juan Cruz Margueliche, Eduardo Venturo, Lorena Calo, Paola Dediago, Juan Martín Levis, Hilario Patronelli, Alejandro Costantino y Juan Santiago Maestri

RESUMEN

El presente trabajo se encuentra inmerso en un proyecto destinado a resignificar geopolíticamente a la región del Atlántico Sur. En tal sentido, resulta indispensable definir al África subsahariana y, más específicamente, a su frente suratlántico, tanto en lo que hace a su situación interna (social, económica, política, ambiental, cultural...) como a su relación con un mundo cada vez más globalizado y en transición hacia un escenario complejo y multipolar.

En este marco, África sufre el más grande retroceso de su economía, con el abandono de sus débiles avances planificadores para el desarrollo, la instalación de élites tecnocráticas repetidoras de las recetas de los organismos multilaterales de crédito y comercio –FMI, Banco Mundial, OMC-, y la retirada de muchas de las inversiones extranjeras directas ante la opción de mayores beneficios en otras regiones más competitivas.

Por otra parte, la situación en la que el impacto colonial y el posterior proceso de descolonización, condicionado por el mercado mundial, las antiguas metrópolis y la actual potencia hegemónica han dejado al continente negro en un nivel de preocupación extremo, tanto por las estructuras periféricas allí generadas como por las graves calamidades sociales y naturales que sufre en forma cotidiana.

Nos proponemos aquí indagar en la hipótesis de Sylvie Brunel acerca de si la actual crisis africana representa un avance acelerado de su destrucción total o un indicio de su transición hacia un futuro esperanzador. Como los indicios más notorios parecen conducirnos hacia la primera de las respuestas, intentamos no sólo recordar las características de esa crisis, sino también avanzar en las características de su potencial, no sólo económico, sino también humano y político.

Para ello, analizaremos, por un lado, las experiencias internas destinadas a afrontar la crisis y responder al desafío global y, por otro, las relaciones del continente negro con las actuales propuestas para una avanzada cooperación sur-sur y con sus principales protagonistas, las potencias emergentes.

* Centro de Investigaciones Geográficas / Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE). Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
hectordupuy92@gmail.com

Caracterización geopolítica actual. La nueva transición

La primera década del siglo XXI ha visto desarrollarse un fenómeno inédito en el mecanismo de la geopolítica mundial. Tras el auge de un orden geopolítico de confrontación, la Guerra Fría, se produce el desmoronamiento de la URSS y la deserción desordenada de sus aliados hacia el bando contrario, el mundo capitalista.

La potencia triunfante, los Estados Unidos, se encontraba en una situación económica complicada y con fuertes indicios de desprestigio entre sus aliados. A pesar de ello, anuncia haber asumido el papel hegemónico, concitando un apoyo inevitable, pero desarrollando la transición en el marco de una escalada de violencia inusitada.

Las avanzadas reformas introducidas a un modelo económico keynesiano en declive, caracterizadas por el auge de un ultraliberalismo y la citada impronta económico-tecnológica, produce una aceleración de los mecanismos comerciales del sistema financiero desembocando en una concentración exagerada de dichos valores y una serie de estallidos bursátiles apenas controlados, con consecuencias no resueltas y, en general, libradas a sus suerte.

En este marco y ya iniciado el nuevo siglo, se perfila un nuevo modelo desarrollado en Estados caracterizados hasta hace poco tiempo como periféricos o semiperiféricos, apoyado en experiencias particulares de cada uno de ellos y en una marcada tendencia a reinsertar a sus estructuras estatales en la toma de decisiones, la participación económico financiera y la búsqueda de soluciones a sus graves problemas sociales. Este modelo, sumamente pragmático, se va expandiendo en economías de diversas magnitudes y variada localización geográfica y en Estados y gobiernos de muy diferentes signos político-ideológicos. Los mismos están desarrollando una clara tendencia a impulsar acuerdos y consensos de tipo pacífico, basados en una cooperación con todos los países periféricos y en una propuesta macroeconómica multilateral.

A partir de esta muy apretada caracterización geopolítica, podemos realizar una diferenciación, basándonos en los aportes de Mariano Turzi (2011):

- 1) Por una parte, las denominadas “economías desarrolladas”, identificadas geográficamente con una serie de países del hemisferio norte, agrupados en la Tríada Estados Unidos, Europa Occidental (países centrales de la Unión Europea) y Japón, enfrentados a sus respectivas crisis, mantienen su poderío económico, pero se ven claramente cuestionadas a escala mundial.
- 2) En sentido inverso a la decadencia del antiguo “Primer Mundo”, Estados con economías de relevancia se han posicionado como nuevas potencias, a partir de economías de crecimiento sostenido y de una mejora en las condiciones de vida de parte de su población, otrora sumida en el subdesarrollo. Se trata de los cuatro Estados del denominado BRIC: Brasil, Rusia, India y China.
- 3) Una cantidad mayor de países participa de algunas de esas condiciones, en particular las que hacen al crecimiento sostenido y las perspectivas a futuro. Sin embargo, no han alcanzado a sobresalir y están sufriendo más fuertemente la actual crisis mundial. Son las denominadas “economías emergentes”, visualizadas como ámbitos propicios para la inversión. Se trata de un conjunto mucho más heterogéneo que mantienen muchas de las características del subdesarrollo pero dan muestra de dinamismo económico y participación estatal. Países tan variados como Sudáfrica, Turquía, Vietnam, Corea del Sur, Argentina, Irán, Tailandia, Colombia, México, entre otros, están en este grupo.
- 4) La gran masa de países pobres, y más empobrecidos recientemente, se encuentran afuera de estas precisiones. Han sido alcanzados de lleno por las recetas ultraliberales y han perdido aquellos avances muy lentos y dificultosos obtenidos mediante políticas de desarrollo a partir de las independencias y las ayudas de organismos internacionales. En su mayor parte, viven al amparo de la asistencia internacional para la atención de la escasa infraestructura social, bajo la economía depredadora de los grupos transnacionales y en manos de élites corruptas o ineficientes.

Este contexto nos permite trazar los bosquejos de una nueva transición geopolítica en la que se manifiesta una fuerte situación de crisis en las potencias dominantes, encabezadas por la hegemónica, aunque con un proceso de decadencia lento y, probablemente, de largo plazo, y un ascenso, también lento y dificultoso, de nuevas potencias que, por su propio pragmatismo, no se encuentran decididas a reemplazar a las salientes. Este escenario está flanqueado por una buena cantidad de Estados que exigen ser escuchados, a pesar de sus debilidades estructurales y coyunturales, y pueden encontrar, en las potencias emergentes sus portavoces, y por una masa de territorios paupérrimos y olvidados que siguen constituyendo centros potenciales de estallidos de alcance regional o mundial.

Esta nueva realidad ha generado una particular expectativa entre los países en otras épocas agrupados en el Tercer Mundo o Países del Sur. El desarrollo de posibles relaciones entre países del hemisferio que, a pesar de provenir todos de un contexto de subdesarrollo, presentan hoy distintos niveles económicos y ritmos de crecimiento, alienta la idea de una colaboración mucho más efectiva y equitativa que las que, hasta hora, les ha significado su dependencia de los países del Norte. Vistas desde esta perspectiva, no sólo las realidades continentales o subcontinentales –África, las regiones asiáticas, América Latina- son centros de interés para estas nuevas experiencias Sur-Sur, sino también aquellas masas oceánicas, como el Atlántico Sur, el Índico o el Pacífico Sur, deben ser objeto de especial estudio.

En este marco, las condiciones estratégicas de unas potencias hegemónicas –la Tríada-, acosadas por la crisis, pero aún dominadoras de amplios sectores del planeta implican presencias militares que, día a día, parecen concitar cada vez mayor tensión en áreas complejas. Esto se visualiza en particular en regiones aledañas a algunas de las nuevas potencias, en particular en la periferia rusa (Cáucaso meridional, Ucrania-Crimea, etc.), lo cual nos lleva a preguntarnos por otras posibles regiones de tensión como el Cercano Oriente o regiones conflictivas del continente africano.

Si bien el principal factor de conflicto parece ser la continuidad de la agresividad estadounidense y sus aliados anglosajones (en especial el Reino Unido), no se debe perder de vista el acompañamiento parcial de aliados condicionales, como países de Europa occidental. Entre ellos, Francia, se ha venido manifestando como un verdadero agente disciplinador y de presencia bélica en África.

Relaciones Sur-Sur. Nuevos mecanismos participativos

Con respecto a la estrategia planteada por las nuevas potencias y demás economías emergentes, se ha venido planteando un verdadero sistema de cooperación entre países del sur, basado en relaciones comerciales, diplomáticas, de cooperación tecnológica, de observación y control del medio ambiente, de defensa común, de vinculación y compatibilización cultural, así como propuestas de cumbres intercontinentales y estructuras informales minilaterales.

En primer lugar, existen los mecanismos tradicionales; relaciones diplomáticas y acuerdos bilaterales que permiten activar o revitalizar, según los casos, intercambios comerciales, acuerdos de cooperación técnica, profesional, incluso universitaria, mecanismos para instalación de empresas o aportes financieros en capital o créditos para la concreción de planes de desarrollo, etc. Teniendo en cuenta las asimetrías lógicas entre países diferentes[†], estos mecanismos se llevan a cabo, por lo general, como formas de ayuda de un país más desarrollado hacia otro en inferioridad de condiciones,

[†] Existen relaciones menos asimétricas, en los casos de complementación de economías de similar poder pero diferentes estructuras económicas. Sin embargo, la mayoría de estos casos se vincula a situaciones de fuerte competitividad. Casos novedosos son los que tienden a desarrollarse entre países petroleros con adversarios políticos comunes, como es el caso de Venezuela e Irán, o potencias emergentes, como Brasil y Rusia.

generando situaciones de dependencia, imposición de pautas de mercado, inclusive presiones políticas.

En las relaciones entre economías emergentes, en particular las potencias nuevas, y los Estados más desfavorecidos, estas situaciones no son ajenas. Sin embargo, el hecho de que las potencias emergentes están en plena expansión y manifiestan políticas muy diferenciadas de las tradicionales[‡], no permite, al menos hasta ahora, vislumbrar acciones expansionistas como las desarrolladas durante los siglos XIX y XX. Sí podemos identificar el establecimiento de áreas de influencia (por ejemplo, China en África o el Sureste Asiático) a partir de campañas inversionistas o ayudas tecnológicas. Sin embargo, la existencia de varias potencias, más o menos equivalentes, producen inevitables superposiciones que son salvadas mediante acuerdos conjuntos[§].

En una segunda instancia, es necesario destacar el desarrollo de grupos regionales, inspirados en el proceso de integración europeo, que han realizado experiencias muy variadas, desde simples áreas de libre comercio hasta complejos intentos para el desarrollo de mercados comunes (MERCOSUR, CARICOM, MCCA, ECOWAS, Mercado Común Árabe). Los intentos integracionistas representan diversos imaginarios utópicos^{**}, se asientan en procesos vinculados a las formas competitivas ultraliberales y resurgen de las nuevas economías emergentes. Han demostrado ser más eficaces para impulsar procesos políticos cooperativos que para lograr formas avanzadas de integración económica capitalista.

Una nueva perspectiva está representada por el aumento de actores en los foros de debate sobre problemáticas globales. Mientras las décadas de 1980 y 1990 se caracterizaron por los debates mundiales protagonizados por escasos actores (Consejo de Seguridad de la ONU, *Trilateral Commission*, Foro Económico de Davos, G-7 o Grupo de las siete naciones más industrializadas), en los cuales se discutían temas que alcanzaban a todos los países del planeta, como la desocupación o el hambre, las experiencias paralelas de grupos de contrapoder (Foro Social de Porto Alegre, concentraciones de movimientos anti y luego alterglobalización) o las “contracumbres” (paralela a la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, 2005) permitieron la instalación de una lógica participativa y deliberativa que llevó a las propias potencias a convocar a algunos de los países emergentes para que funcionaran como representantes o “voceros” del resto. Así se llegó a la conformación de un G-20 (G-7 ampliado), paralelo al cual se desarrolló un G-77, donde se reunieron los emergentes convocados con una buena parte de los excluidos, reeditando, en cierta manera el Movimiento NOAL (No Alineados) de la época de la Guerra Fría.

Es cierto que estas experiencias, así como las cumbres ambientales, en las cuales están presentes los máximos dirigentes de cada Estado, si bien implican formas participación masiva, no resultan muy eficaces a la hora de tomar decisiones. Sus amplias agendas quedan, por lo general, inconclusas e indefinidas, sirviendo más que nada para dejar sentadas determinadas posiciones, sin consecuencias directas de relevancia. Un caso particular de reuniones cumbre que fructificaron notablemente fueron las realizadas por los líderes sudamericanos que desembocaron en la creación de una organización, la UNASUR (Unión de Naciones de Suramérica) que ya ha dado muestras de acción rápida ante situaciones críticas y de impulso a iniciativas regionales de relevancia.

Por último y para avanzar en decisiones más efectivas, los Estados con mayor protagonismo han optado por la realización de encuentros y contactos más reducidos,

[‡] Como las tradicionales políticas de dependencia de las potencias coloniales o neocoloniales.

[§] Tal es el caso de los acuerdos entre Rusia, China e India, tradicionales competidores por distintas regiones de Asia, que hoy buscan acuerdos de convivencia y coordinación en esas mismas áreas. Fruto de este consenso es la creación de la Organización de Cooperación de Shanghai, que reúne a Rusia y China con la mayor parte de los Estados de Asia central, incluyendo a India, Pakistán, Irán y Mongolia como observadores.

^{**} Se pueden relacionar con utopías panregionales, como la gran nación árabe, la unidad latinoamericana o la utopía panafricana

conocidos como un minilateralismo, con menores cantidad de actores, más apto para lograr una mayor eficacia diplomático-económica (Danglin.2012). El caso más acabado es el del grupo BRIC, que reúne a las denominadas potencias emergentes para debatir soluciones a los problemas globales y compartir y compatibilizar sus experiencias político-económicas.^{††} Otro caso de importancia que involucra al continente negro es el denominado Foro IBSA, que incluye a tres nuevas potencias transcontinentales: India, Brasil y Sudáfrica, lo cual da muestra del avance sudafricano en la integración con Estados del Tercer Mundo

De una manera u otra, la participación masiva de las naciones en este tipo de eventos es una de las formas prácticas de ejercer un multilateralismo informal que implique acelerar la transición geopolítica hacia un sistema más participativo.

Nuestra región en estudio: El África suratlántica

Para avanzar en el estudio propuesto, hemos definido un área denominada frente suratlántico africano, que se extiende desde el cabo Verde hasta el cabo de las Agujas, en el extremo sur del continente. Los Estados integrantes del área pertenecen a la denominada África subsahariana, con una serie de características comunes, pero ubicados en regiones bastante diferenciadas.

REGIONES (ver mapa de figura 1):

África austral (frente suratlántico):

Angola, Namibia y Sudáfrica

África ecuatorial (frente suratlántico):

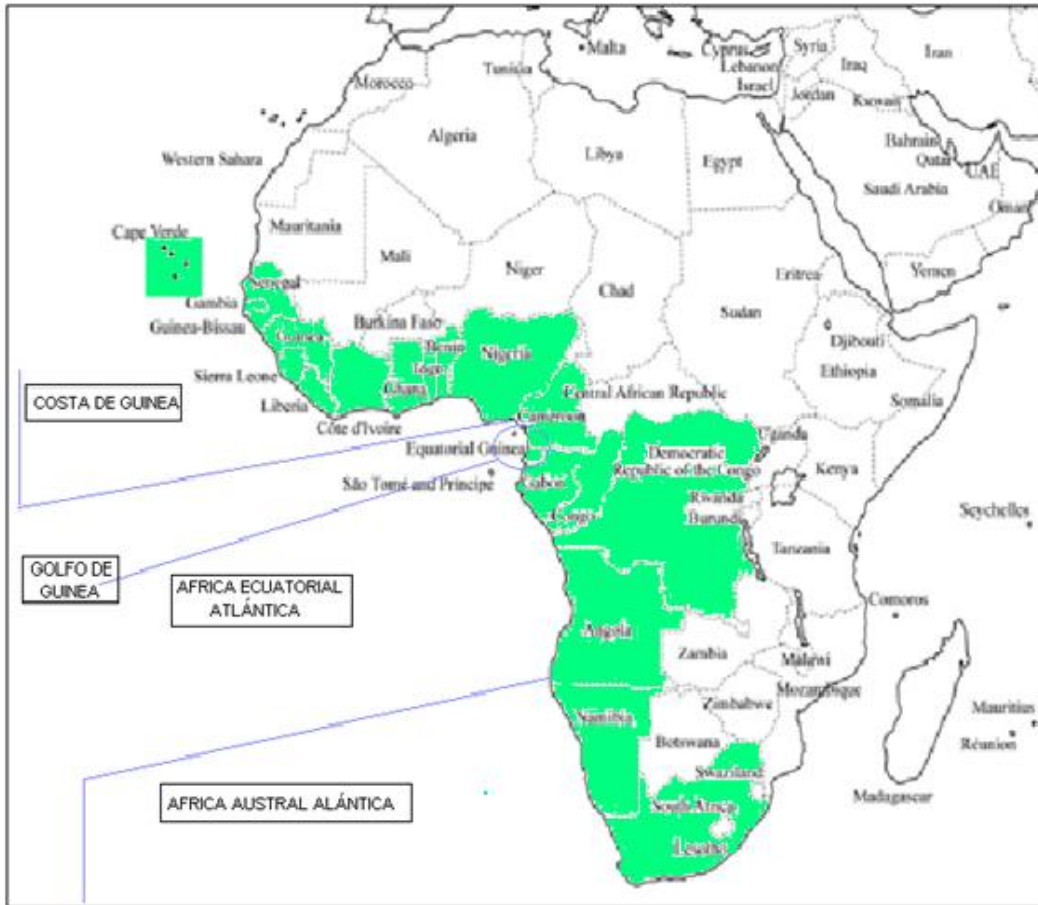
Cabinda (Angola), Camerún, Rep. del Congo, RD del Congo, Gabón, Guinea Ecuatorial y Santo Tomé y Príncipe

África Occidental (Costa de Guinea):

Benin, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bissau, Liberia, Nigeria, Senegal, Sierra Leona y Togo

^{††} El Grupo ya ha realizado cuatro reuniones cumbre: Ekaterimburgo (Rusia), 2009; Brasilia (Brasil), 2010; Sanya (China), 2011; y Nueva Delhi (India), 2012, en la cual se agregó un nuevo miembro, Sudáfrica.

Figura 1: El África suratlántica



Algunas de sus características regionales, que pueden identificarse en el cuadro de la Figura 2, nos aproximan a la idea de un área predominantemente subdesarrollada, pero con importantes asimetrías.

Figura 2: Los Estados del África suratlántica en números

	Superficie (km ²)	Población (mil hab.)	Crecim. pobl. (%)	Crecim. PIB (%)	PIB/cap (U\$S)
Angola	1.246.700	19.088	2,78	5,6	6.300
Benin	112.622	10.160	2,81	5,0	1.600
Camerún	475.440	23.131	2,60	4,6	2.400
Congo Rep.	342.000	4.662	1,94	5,8	4.800
Congo RD	2.344.858	77.434	2,50	6,2	400
C. de Marfil	322.463	22.849	1,96	8,0	1.800
Gabón	267.667	1.673	1,94	6,6	19.200
Gambia	11.295	1.926	2,23	6,4	2.000
Ghana	238.533	25.758	2,19	7,9	3.500
Guinea	245.857	11.474	2,63	2,9	1.100
Guinea-Bissau	36.125	1.693	1,93	3,5	1.200
Guinea Ecuat.	28.051	722	2,54	-1,5	25.700

Liberia	111.369	4.092	2,52	8,1	700
Namibia	824.292	2.198	0,67	4,4	8.200
Nigeria	923.768	177.156	2,47	6,2	2.800
Sto. Tomé y P.	964	190	1,89	4,5	2.200
Senegal	196.722	13.636	2,48	4,0	2.100
Sierra Leona	71.740	5.744	2,33	13,3	1.400
Sudáfrica	1.219.090	48.376	-0,48	2,0	11.500
Togo	56.785	7.351	2,71	5,5	1.100

Fuente: CIA "The World Factbook". Consultado el 8 de agosto de 2012 en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/wa.html>

De este simple ejercicio estadístico se puede deducir la importancia alcanzada por dos de los Estados miembros, Sudáfrica y Nigeria, identificados por Sylvie Brunel como "polos estructurantes" del África subsahariana (Brunel, 2004: 22-23). Sus magnitudes territoriales, demográficas y económicas son incontrastables para alejarlas del contexto africano. Sin embargo, los otros estados tampoco presentan un carácter tan homogéneo como parecería indicar el carácter periférico con el que se los caracteriza.

De esta manera, la propia Brunel nos indica la existencia de diferencias que se apoyan en los procesos más o menos recientes que los mismos están transitando. Por una parte, Estados con economías emergentes y ascendentes potencias secundarias constituirían un conjunto vinculado al imaginario de verdaderos "leones africanos" (parafraseando los ya muy conocidos "tigres asiáticos"). En este conjunto se destacan principalmente la pequeña isla de Mauricio junto con la pujante y organizada Botswana, la tradicional Kenia y la paradójica Zimbabwe, todas afuera de la región en estudio. Pero también se pueden identificar los atlánticos Costa de Marfil, Ghana, Angola y hasta la propia Namibia, mucho más demorados en números y posibilidades, pero con suficientes recursos en hidrocarburos u otros minerales como para identificarlos entre destinos de inversiones, a pesar de su inestabilidad política.

Otros se encuentran más claramente entre los marginados. Es el caso de Guinea-Bissau, Togo o Benin, los cuales, más allá de sus aspiraciones extractivas, no han concitado la atención de los mercados financieros y se encuentran sumidos en la pobreza subsistiendo gracias a la ayuda humanitaria.

Así, nuestra región en estudio participa, junto con el resto de África, de la definición de Brunel, según la cual en ella subsisten dos visiones, tan válidas una como la otra: la de un "África que se hunde" y la de un "África que resiste", destacando que "... sería tan erróneo presentar a África como un ejemplo de modernidad y de adaptación, de insistir maravillados en sus mutaciones, como encerrarla en una visión pesimista y negativa, viendo nada más que hambrunas, miseria, violencia, guerras y sida." (Brunel, 2004: 13).

La historia y la geografía política podrían explicarnos parte de este dilema: África se encuentra atrapada entre tres visiones político-espaciales derivadas de la construcción geopolítica colonial: una descolonización inacabada, un mapa político apoyado en la imagen del Estado-nación y la subsistencia de un mapa étnico, siempre vigente.

La primera de estas visiones se apoya en la lógica de un nuevo pacto colonial, asumido por la mayor parte de las élites emergentes de la descolonización a fin de implementar algún tipo de proceso de desarrollo que se avenga a las imposiciones del mercado mundial, de las antiguas metrópolis y del poder hegemónico. La segunda responde a la decisión de esas élites de no apoyar el imaginario utópico (aunque tal vez no irrealizable) de la construcción de un "África unida", planteado por alguno de los padres de esa descolonización, como Kwame Nkrumah, Patrice Lumumba o Frantz Fanon. En cambio, optaron por adoptar el modelo del Estado nacional europeo –"jacobino" al decir de Mbuyi Kabunda-, aunque para esto hubiera que aceptar la balcanización impuesta por las potencias coloniales y transformar en naciones modernas a los conglomerados étnicos

preexistentes. Por último, la despreocupación de los dirigentes de los nuevos Estados por los verdaderos intereses de los africanos y su incondicionalidad con los poderes externos (mercado-antiguas metrópolis-poder hegemónico) acentuó la tendencia identitaria de los pueblos, haciendo de la etnicidad el principal factor de cohesión. La complejidad del mapa étnico, visualizable en los cuadros de la Figura 3, dan muestra de la casi total imposibilidad de desarrollar una construcción nacional, como la que se llevó a cabo en otras regiones que pasaron por el yugo colonial (América Latina, Asia).

Figura 3: El mapa étnico: La realidad identitaria

África austral (frente suratlántico):

	Grupo mayoritario (%)	1ª minoría (%)	2ª minoría (%)	otros
Angola		ovimbundu (37)	kimbundu	bakongo
Namibia	ovambo (50)	kavambo (9)		herero, damara, dama...
Sudáfrica		zulu (28)	xhosa (20)	sotho, tswana, sesotho, tsonga, venda, afrikaners (9%)

África ecuatorial (frente suratlántico):

	Grupo mayoritario	1ª minoría	2ª minoría	otros
Camerún		bamilekes (24)	fang (18)	duala, fulbe, tika, mandara...
Congo Rep.	kongo (48)	sangha (20)		mbochi, teke...
Congo RD		luba (18) mongo (17)	kongo (12)	grupos bantúes, sudaneses, nilóticos, pigmeos
Gabón		fang (32)	obambas (14)	punu, nzebi...

Costa de Guinea (África Occidental):

	Grupo mayor.	1ª minoría	2ª minoría	otros
Benin		fon (39)	adja (15)	yoruba, fulbe...
C. de Marfil		akan (42)	gur (17)	mandes, krous..
Gambia		malinke (42)	fulbe (18)	wolof, jola...
Ghana	akan (48)	mole-dagbon (18)		ewe...
Guinea		fulbe (40)	malinke (30)	soussou ...

Guinea-Bissau		balanta (30)	fulbe (20)	manjaca, malinké...
Liberia		kpelle (20)	bassa (13)	grebo, gio...
Nigeria		haussa-fulbe (29)	yoruba (21), ibo (19)	ijaw, kanuri...
Senegal		wolof (43)	fulbe (24)	serer...
Sierra Leona		temne (35)	mende (31)	limba, kono...
Togo		ewe (22)	kabiyé (13)	ouatchi...

Golfo de Guinea:

	Grupo mayoritario	1ª minoría	otros
Guinea Ecuatorial	fang (85)	bubi (6)	mdowe, annobon...
Sto. Tomé y Príncipe	Descendientes de esclavos, mayoría de Angola		

Fuentes: CIA. *The World Factbook* y fuentes varias.

Sin embargo, éste no es el único problema que enfrenta la región y el conjunto africano. Una serie de lógicas dialécticas aportan su complejidad a este continente, mostrando permanentemente las dos caras planteadas por Brunel.

La fuerte burocratización de las élites privilegiadas, su alejamiento de las reales necesidades de la población y su fuerte vinculación con los poderes externos, en especial con los grupos transnacionales que se apropian de sus recursos o de su comercialización, los va convirtiendo en estructuras estancas, sólo removibles por los recurrentes golpes de sectores del propio gobierno o de grupos insurgentes, identificados con sectores étnicos excluidos o vinculados a los propios grupos empresarios con intereses en la región. De esta manera, dictaduras y conflictos intra o interestatales son un factor recurrente de inestabilidad y violencia.

En este contexto, la gran riqueza minera y en otros recursos no resulta un beneficio sino más bien una gran desgracia para los pueblos, con su secuela de violencia y destrucción, haciendo de África un continente rico poblado de pobres.

Los otros sectores de la economía se ven claramente resentidos por este profundo predominio primario. Una escasa industrialización va acompañada por una hipertrofia del sector terciario. Podemos realizar una importante diferenciación entre aquellos países que, durante los años 1960 y 1970, realizaron procesos de crecimiento manufacturero y los que quedaron sumidos en el tradicional intercambio desigual de la división internacional del trabajo. Sin embargo, el desarrollo de las políticas neoliberales de los '90 nivelaron en gran medida la situación hacia abajo, destruyendo la mayor parte de estos intentos. Sólo debe destacarse la descollante industria sudafricana, con grandes aportes de inversiones extranjeras y un nivel de diversificación y complejidad que la diferencian notoriamente del resto.

Pero lo que es debilidad en el plano industrial es exagerada expansión en el sector de un comercio internacional y un sector financiero dominado por la banca extranjera, propios del nivel de sus exportaciones, en especial en aquellos países de fuerte base minera. Junto con esto, un Estado hipertrofiado a cargo de las relaciones –legales o corruptas con el sector internacional- despierta las apetencias de todos los grupos políticos y sociales, pues desde allí se puede producir el enriquecimiento de los primeros así como alguna forma de redistribución sectorial de la renta hacia los segundos.

En materia social, África en general, y nuestra región en particular, viven lo que se ha denominado el “fracaso humano” (Brunel, 2004:17). La lucha contra la pobreza, el descenso de la mortalidad infantil, los avances sanitarios o educativos son sólo algunos de los logros inacabados o que no se han podido concretar. Un notorio retroceso de la esperanza de vida en muchos de estos países da cuenta de este terrible fracaso. El desvío de los fondos destinados a estos fines hace fracasar todas las ayudas humanitarias impulsadas desde organismos internacionales y ONG de muy distinto tipo. La respuesta neoliberal a este flagelo ha sido “menos ayuda y más mercado”, respuesta de un claro cinismo ante la imposibilidad de estos países de concretar una evolución favorable en la participación en ese mercado internacional que saquea sus recursos.

Otro gran fracaso han significado los intentos para desarrollar formas de integración económica o política entre los Estados miembros. Unas doscientas estructuras de este tipo, tales como la CEDEAO/ECOWAS y la UEMOA del África occidental, la CEEAC y CEMAC del África central o la SADC sudafricana, todas ellas con actuación en nuestra región en estudio, se han ido implementando en las últimas décadas a fin de lograr una mayor integración o cooperación entre los países de la región. Al decir de Mbuyi Kabunda Badi la única estrategia capaz de resolver los problemas comunes a los que se enfrenta África, y que la puede convertir en una potencia, es la integración regional. Es decir, la integración económica como instrumento o vector del desarrollo en África. (Kabunda, 2009) Sin embargo, el mismo autor reconoce que la mayor parte de estos intentos se encuentran sumidos en la inacción y el fracaso. Concluyendo: “Es una pena que donde los colonizadores supieron crear los grandes espacios coloniales (AOF, AEF, Federación de Rhodesias y Nyasaland, Federación del África Oriental, Congo-Ruanda-Urundi, etc), los africanos se han revelado incapaces de crear los grandes espacios de desarrollo” (Kabunda, 2009: 108).

Por otra parte, las relaciones de África con el exterior se ha venido manifestando permanentemente como una agobiadora presencia extranjera. La misma se manifiesta a partir acuerdos y disposiciones establecidas desde las antiguas metrópolis y la potencia hegemónica, mediante los cuales se determinan las políticas que deben llevar a cabo los grupos políticos locales. Asimismo, la asistencia exterior destinada al mantenimiento de servicios o al pago de funcionarios, así como las ingerencias financieras para la atención de las deudas externas (FMI, Banco Mundial, Club de París) o el manejo de divisas (franco CFA) es otra forma de paternalismo agobiante.

Este mismo paternalismo exterior o permanente presión política exterior se identifica tanto en al ya citada ingerencia humanitaria de ONG y agencias de Naciones Unidas, como en el dominio de los grupos transnacionales, verdaderos dueños de los recursos y las economías de los países de la región. Por último, la ya citada presencia militar destinada a la resolución de conflictos y a la seguridad de las propiedades y personal de las empresas extranjeras resulta una clara ingerencia y un pesado lastre imposible de aligerar por parte de los fracasados Estados africanos.

Sin embargo la realidad africana muestra otras facetas que en necesario resaltar. Las desgracias que aquejan al continente negro, derivadas de su historia o de su realidad estructural se encuentran sometidas a un permanente trabajo de aligeramiento y contraposición de relaciones locales e internacionales que dan clara muestra de la dinámica social y las argucias económicas destinadas a una obcecada subsistencia. A la globalización de su economía, controlada por las imposiciones del mercado internacional y los diversos grupos de poder internos y externos, los africanos contraponen una gran diversidad de solidaridades y mecanismos, también ligados a relaciones externas e internas.

El ejemplo más avanzado de estas relaciones es le sistema de las “remesas” que, los migrantes intercontinentales africanos mantienen con sus familias que permanecen en sus lugares de origen. Una verdadera red financiera a pequeña escala, pero con

volúmenes de gran importancia, movilizan un sistema de ingresos económicos que no puede ser detectado por las estadísticas nacionales. Asimismo, una infinidad de mecanismos para el manejo del ahorro o la circulación de dinero en forma local o entre países limítrofes se integran a una economía informal que llega a alcanzar, en algunos casos, al 70 % del total de los volúmenes económicos internos. De esta manera, al igual que mediante una gran variedad de mecanismos sociales, sanitarios o políticos, los pueblos africanos resisten al caos global y a la voracidad de las finanzas internacionales.

Relaciones Sur-Sur en el Atlántico meridional

Visto desde una perspectiva regional, el proceso de expansión de las economías emergentes, paralelo al de depresión de las desarrolladas, está significando una salida de los márgenes espaciales tradicionales, los marcos continentales, y el desarrollo de políticas abiertamente transoceánicas. Si bien África no se caracteriza por la presencia de economías de este tipo, en el caso del Atlántico sur, es decir las relaciones que se vienen estableciendo entre América del Sur y el frente suratlántico africano, el camino, apenas explorado en las décadas anteriores, se está perfilando como una tendencia irreversible en lo que va de este siglo. Realizaremos este análisis centrándonos específicamente en la región del África austral.

Los actores en cuestión constituyen dos grupos de Estados que han transcurrido la segunda mitad del siglo XX bajo el signo del gran conflicto mundial, la Guerra fría. En el caso sudamericano, la estrategia impuesta por los Estados Unidos implicó la generalización de una metodología intervencionista con la imposición de regímenes autoritarios que, además de su secuela de violencia y opresión socioeconómica y política, demoraron notoriamente los procesos de desarrollo intentados en cada uno de ellos.

En el caso del África austral, la estrategia de confrontación periférica desarrollada por las dos superpotencias en la década de 1970, impulsada por Washington a partir de la derrota en Vietnam, implicando a la Unión Soviética, dadas las expectativas puestas por el Kremlin en los procesos independentistas regionales, se encarnó en la descolonización tardía de las colonias portuguesas. Los protagonistas de esta lucha, los movimientos revolucionarios de Angola y Mozambique, terminado el enfrentamiento con la antigua metrópoli, se vieron inmersos en guerras civiles cuyos bandos representaban los intereses de las superpotencias. La internacionalización de dichos conflictos significó el involucramiento de Estados vecinos y lejanos. Además de la tensión producida por la presencia de flotas de las superpotencias, el régimen sudafricano del *apartheid* salió en apoyo de las facciones antisoviéticas, utilizando como base de operaciones para Angola, el control ilegítimo que se había arrogado en el territorio del África Suroccidental (hoy Namibia)^{††}. Por su parte, el sector angoleño en el gobierno, apoyado por la URSS, contó con la colaboración muy preciada de las tropas cubanas de la “Operación Carlotta”. Además, la propia Sudáfrica se encontraba convulsionada por la combatividad revolucionaria de las organizaciones antirracistas y reivindicativas africanas, encabezadas por el Congreso Nacional Africano. Otros países de la región, como Zimbabwe, también estaban comprometidos en luchas por la descolonización definitiva. La salida de ambos conflictos implicó un esfuerzo muy doloroso en las dos orillas, y demoró desde las recuperaciones democráticas sudamericanas de los años '80 hasta el fin de la guerra civil en Angola en 2002, pasando por la caída del *apartheid* sudafricano en 1994.

Sumado a estas situaciones políticas, los Estados de ambas orillas sufrieron pesadillas económicas derivadas de la imposición global del ajuste ultraliberal, representado, en el caso sudamericano, por graves crisis financieras y monetarias y, en el africano, por la

^{††} Se trata de la antigua Colonia del África Suroccidental Alemana, entregada a Sudáfrica como Mandato de la Sociedad de las Naciones tras la derrota germana en la Primera Guerra Mundial y apropiada por el gobierno Sudafricano hasta su independencia con el nombre de República de Namibia en 1990.

profundización de la brecha con los desarrollados y el incremento de las consecuencias de males ya endémicos –alimentarios, climáticos, sanitarios, dependencia del mercado mundial, corrupción política, enfrentamientos interétnicos, rapiña transnacional, sumisión tecnológica.

En consecuencia, la reconstrucción ha sido la tarea propia de este siglo, necesidad compartida por todos los actores, y centrada, en el caso sudamericano, en el ascenso al gobierno de una nueva élite progresista e integradora. Sin embargo, es necesario identificar otras premisas, propias de los niveles de crecimiento alcanzados por cada uno de ellos.

- Para las potencias emergentes, como Brasil, resulta indispensable acentuar la tendencia hegemónica planteada a partir de su intervención en conflictos regionales alejados, como el del Cercano Oriente, y en foros de discusión global –G-20, BRICS, etc.–. Su presencia en África resulta de una lógica regional insoslayable. Pero además debe responder a los principios económicos de búsqueda de mercados para sus productos y sus capitales. Sudáfrica, una potencia en una escala menor, tiene improntas parecidas.
- Para las economías emergentes de segundo orden, como Argentina, la urgencia pasa por expandir sus mercados y abrirse camino en su carácter de interlocutor con grupos de países de distinto nivel, incluso las potencias desarrolladas, acrecentando su presencia internacional.
- Para los Estados aún sumergidos, es indispensable iniciar el proceso de solución de los problemas estructurales ya mencionados, para lo cual, deben contar con la opción que les permita no acudir a las recetas e imposiciones de las potencias centrales y los órganos multilaterales de crédito y comercio –FMI, Banco Mundial, OMC–.

En términos más generales, resulta indispensable el desarrollo y afianzamiento de un sistema de relaciones Sur-Sur, como una oportunidad más equitativa de vinculación comercial, tecnológica, financiera y de promoción social, estructurada entre pares y no supeditadas a las actitudes paternalistas de las potencias desarrolladas.

Relaciones de este tipo a través del Atlántico sur significan el encuentro de regiones tradicionalmente alejadas debido a las prácticas comerciales y diplomáticas imperantes, heredadas de los procesos del colonialismo y la dependencia.

Más allá de los alcances de las políticas impulsadas por los distintos actores, cabe tomar como perspectiva de análisis lo ocurrido en los dos “conos” australes de los continentes involucrados y, en particular, sus frentes atlánticos. Para el caso africano, podemos centrar el análisis en tres Estados que presentan un amplio frente sobre este océano: Angola, Namibia y Sudáfrica. Sus niveles socioeconómicos resultan claramente diferenciados, como puede verse a partir de algunos indicadores en el Cuadro de la

Figura 4: Indicadores socioeconómicos de Sudáfrica, Angola y Namibia

	Superf. (mil km2)	Pobl. (mil hab.**)	PBI Crecim Anual (%*)	PBI/cáp (U\$S*)	Tasa Desem pleo (%*)	Pobl. Bajo nivel de pobreza (%*)	Balanza comer cial (millones U\$S*)
SUDÁFRICA	1.219	48.810	3,1	11.100	24,9	50	+ 1.350
ANGOLA	1.246	18.056	3,4	6.000	s/d	40,5	+40.870
NAMIBIA	824	2.166	3,6	7.500	51,2	55,8	-777

* Estimado 2011

** Estimado Julio 2012

Fuente: CIA "The World Factbook". Consultado el 8 de agosto de 2012 en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/wa.html>

También se debe diferenciar su estructura de participación en el mercado mundial. Mientras Sudáfrica participa con commodities mineras muy variadas (siempre encabezadas por oro y diamantes), junto con manufacturas de bienes de equipo (maquinarias y equipamiento), Angola y Namibia presentan una típica estructura primario exportadora encabezada por petróleo, diamantes y derivados de las actividades forestal y pesquera y Namibia se ve limitado a vender sus minerales y derivados industrializados de la pesca. El principal socio de los tres ya ha pasado a ser China, desplazando a Estados Unidos, Japón, Alemania, Reino Unido y Portugal (en el caso de Angola). (CIA.2012) También en materia de inversiones, China aparece compitiendo o desplazando a los habituales socios occidentales, en especial a partir de la prolongación de la crisis de los desarrollados.

Como se puede apreciar, la presencia de países latinoamericanos es muy reducida en este mercado tan particular. A pesar de ello, no se puede dejar de señalar que las relaciones entre ambas orillas están fuertemente caracterizadas por una creciente presencia brasileña. La potencia sudamericana ha venido construyendo, desde hace varias décadas, una política africana como parte de una estrategia de inserción mundial. Se trata de un proceso difuso pero coherente con sus aspiraciones geopolíticas, y netamente más continuo que el resto de los países sudamericanos.

Además de la tendencia expansionista, ya evidenciada en épocas de las dictaduras cariocas, Brasil posee una identidad cultural que le permite relacionarse más fácilmente con las sociedades del África subsahariana. Se debe recordar que poco menos de la mitad de la población brasileña tiene orígenes africanos y que la africanidad se encuentra presente en muchas de las tradiciones de su cultura popular. Por otra parte, las relaciones de Brasil con Angola se encuentran favorecidas por la pertenencia a una misma lengua y por haberse emancipado, aunque en siglos diferentes, de la misma metrópoli colonial (Sbarbi Osuna, 2010).

Esta tendencia se vio claramente incrementada a partir de los numerosos viajes realizados a países africanos por el ex presidente Luiz Inácio *Lula* Da Silva y sus funcionarios. En la actualidad el aporte brasileño está centrado en activos comercios bilaterales en materia de recursos alimentarios, muy escasos en bastas regiones debido a los cambios climáticos tendientes a la desertización, agudizados por un agotador uso del suelo para cultivos de exportación. Además, las empresas brasileñas están realizando importantes inversiones para el incremento y mejoramiento de las producciones locales, como es el caso de Petrobras en la extracción e industrialización petrolera angoleña, trabajando asociada a la nacional Sonangol.

Pero la estrategia brasileña intenta diferenciarse tanto de las políticas paternalistas y explotadoras desarrolladas por las potencias centrales, como de la presencia arrolladora de China. Sus intercambios van acompañados por un sistema de cooperación en materia de lucha contra el hambre, desarrollo agrícola, avance tecnológico e inclusive, colaboración militar. En este aspecto, resulta interesante constatar la presencia, desde los años '90, de personal especializado de la marina brasileña en Namibia, destinado a la formación de cuadros que permitieron la creación, de cero, de una estructura naval para el patrullaje de las costas namibias y la represión de la pesca clandestina realizada por numerosas embarcaciones de muy diversos países (Salles, 2010).

Con Sudáfrica las relaciones han sido más discontinuas y en la actualidad, a partir de la pertenencia mutua al BRICS y el IBSA, se están desarrollando acuerdos que no se centran en la ayuda, como con el resto de países africanos, sino en vínculos entre pares que buscan complementar sus intercambios.

Brasil y la Argentina son dos Estados que vienen impulsando políticas coherentes con sus acciones integracionistas en el ámbito interno. Su políticas exteriores resultan concordantes y encarnan una nueva visión de las relaciones internacionales, vinculadas a un multilateralismo que se presenta con características orgánicas (relaciones

diplomáticas y comerciales bi o multilaterales más o menos institucionalizadas) o difusas (organización de cumbres tendientes a acuerdos más bien circunstanciales) (Lechini, 2003).

En este orden de cosas, se viene impulsando un sistema de reuniones alrededor del denominado Foro de Cooperación América del Sur-África (ASA). A sus reuniones bianuales, iniciadas en Abuja (Nigeria) en noviembre de 2006, asisten 54 países africanos y 12 de Sudamérica. La iniciativa viene impulsada por dos organismos integracionistas, la Unión Africana (antiguamente Organización para la Unidad Africana – OUA-) y la UNASUR. Está centrada en la búsqueda de oportunidades de cooperación en diversas áreas como comercio, agricultura, energía, tecnología, recursos hídricos, turismo, etc. (Traoré, 2010)

Por otra parte, desde 2003 se viene reuniendo el Foro Trilateral IBSA que, como ya se ha expuesto, permitió el avance en las relaciones entre los dos emergentes suratlánticos. Nacido del fracaso de las deliberaciones de la OMC realizadas en Cancún en ese año, los términos de su declaración inaugural en Brasilia, dan muestra de las intencionalidades multilateralistas de sus miembros, en cuanto a mejorar la arquitectura financiera internacional, la orientación de los capitales hacia el desarrollo sostenible o asegurar la democratización de la Organización de las Naciones Unidas a partir de la ampliación de su Consejo de Seguridad (Danglin, 2012).

A modo de conclusión

Ante esta realidad compleja, en la cual mezclan desastre y esperanza, destrucción y subsistencia, cabe preguntarnos por el sentido de esta realidad tan dialéctica y sus implicancias para el futuro. Los especialistas dudan entre las posibles salidas del continente. Sin embargo todas sus soluciones parecen inalcanzables, al menos en el mediano plazo.

Por una parte, las ayudas exteriores más confiables, como las que representa la cooperación sur-sur, se encuentran apoyadas en socios que han venido creciendo en el marco de un capitalismo globalizado y a partir de la conformación de estructuras muy parecidas a las de los desarrollados. Cabe preguntarnos por el carácter genuino de esa cooperación y los alcances futuros de la misma.

Por otra, los avances en la integración intracontinental hasta ahora han parecido infructuosos. En especial ante la supervivencia de un Estado nacional inviable y con estructuras corruptas o ineficientes. En este caso, habrá que preguntarse por estrategias que encaren este problema desde una mirada estructural y no superficial.

En todos los casos, cabe hacernos la pregunta de Sylvie Brunel: el continente africano “*¿Está verdaderamente en quiebra o bien atraviesa una crisis* en el sentido gramsciano del término, es decir la desaparición de un Estado antiguo, sin que haya aparecido aún el nuevo?” (Brunel, 2004: 13)

Bibliografía

- Brunel, S. 2004. *L'Afrique. Un continent en réserve de développement*. Rosny-sous-Bois cedex : Bréal éditions.
- Danglin, F. (2012). "Pacto democrático entre potencias del sur", en: VV.AA. *Le Monde Diplomatique. Edición especial. El fin del Primer Mundo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- D'Elía, C. y Stancanelli, N. E. (2009). "Argentina-Sudáfrica: inserción en el mundo y relación bilateral" Revista del CEI. Comercio Exterior e Integración n° 16, noviembre de 2009. Consultada el 19 de julio de 2012 en: <http://www.cei.gov.ar/userfiles/parte04a.pdf>
- Forum de Comercio Internacional (2010). "Sudáfrica y Brasil: fomento del comercio Sur-Sur" N° 2/2010. Centro de Comercio Internacional. Consultada el 17 de julio de 2012 en: <http://www.intracen.org/Sud%C3%A1frica-y-Brasil-fomento-del-comercio-Sur-Sur/>
- Kabunda, M. 2009. "Integración regional en África: obstáculos y alternativas", en: Revista *Nova Africa. Publicación del Centre d'Estudis Africans i Interculturals (CEA)* N° 25, Julio de 2009. Página <http://www.novaafrica.net>. Consultada el 15/11/2014.
- Lechini, G. (2003). "Las políticas exteriores de Argentina y Brasil hacia Sudáfrica con el fin del apartheid. Un análisis de la década de los '90" XI Congreso Internacional de ALADAA. 12 a 15 de noviembre de 2003. Ciudad de México. Consultada el 19 de julio de 2012 en: <http://ceaa.colmex.mx/aladaa/imagesmemoria/gladyslechini.pdf>
- Taylor, P.J. y Flint, C (2002). *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Turzi, M. (2011). *Mundo BRICS. Las potencias emergentes*. Buenos Aires: Capital Intelectual.